



## Hacia una Gran Estrategia para México como Potencia Emergente

*«Sólo conociendo el camino es posible aportar seguridad a un gran país, expandir un gran dominio y salvaguardar a una gran población [...] Si recorres el camino del estancamiento, ni siquiera los cielos y la tierra pueden hacerte florecer. Pero si practicas el camino que lleva a prosperar, ni siquiera los cielos y la tierra pueden hacerte sucumbir.»*

SUN BIN

**Resumen:** El presente ensayo de análisis plantea la necesidad y la conveniencia de que el Estado mexicano adopte una gran estrategia con miras a su reposicionamiento como potencia emergente en un orden mundial de carácter policéntrico. El sustento lógico de la presente propuesta se desprende de elementos tales como la pertinencia instrumental del concepto como mecanismo articulador de los elementos constitutivos del poder nacional, precedentes históricos significativos, las realidades de un sistema internacional cambiante y los desafíos actuales —externos e internos— que enfrenta la seguridad nacional del país. A partir de un escrutinio integrativo que conjuga los factores antes mencionados, este análisis prescribe una gran estrategia de proyección plural-autónoma para reposicionar a México como un Estado que desempeñe un rol proactivo de jerarquía ascendente en el tablero global de la alta política. En lo concerniente a su implementación, el cumplimiento de tal aspiración requiere el despliegue de vectores que contribuyen a tejer un entramado equilibrado de asociaciones estratégicas integrales con Estados de diversos perfiles, regiones y orientaciones estratégicas.

**Palabras clave:** México, gran estrategia, seguridad nacional, realismo, relaciones internacionales.

**Abstract:** This analytical essay presents the necessity and convenience for the Mexican state to adopt a grand strategy intended to reposition the country as an emerging power in an increasingly polycentric world order. The argumentative underpinnings of said proposal draw on analytical elements like the instrumental pertinence of the concept as overarching organising mechanism of the elements that constitute national power, meaningful historical precedents, the realities of a changing international system and current challenges —both external and internal— for the country's national security. Based on an integrative scrutiny



in which the aforementioned factors are interwoven, this analysis prescribes a grand strategy of plural-autonomous projection to reposition Mexico as a state that performs a hierarchically heightened and proactive role in the global chessboard of high politics. Concerning its implementation, the fulfilment of such aspiration requires the deployment of vectors that contribute to the balanced development of overlapping comprehensive strategic partnerships with states of varying profiles, regions and strategic orientations.

## ***Introducción***

Hasta el momento, el Estado mexicano tiene como asignatura pendiente la articulación de una gran estrategia. Con el propósito de coadyuvar tal esfuerzo, el presente trabajo tiene como objetivo la articulación de un planteamiento de gran estrategia para el reposicionamiento de México como una potencia asertiva en el sistema internacional hacia mediados del presente siglo. En ese sentido, propone una alta estrategia de proyección plural-autónoma para tal propósito. Dicha fórmula prescribe el establecimiento —paralelo, sinérgico— de asociaciones estratégicas integrales con múltiples Estados que fungen como núcleos de poder independientes. El carácter policéntrico del sistema internacional actual (Rubio, 2025) proporciona una oportunidad fortuita adecuada para diversificar las relaciones externas del Estado mexicano de forma equilibrada. Esta gran estrategia permitiría incrementar la autonomía del país para determinar su propio destino y procurar la seguridad nacional ante amenazas que se desprenden de un entorno anárquico caracterizado por la proliferación de rivalidades entre potencias, conflictos armados, competencias estratégicas, guerras híbridas y la armamentización de todos los vectores de interdependencia compleja. Semejante proyecto exige capitalizar el pleno potencial de todos los elementos constitutivos del poder nacional, especialmente aquellos que tienen un alcance geopolítico o geoeconómico. Más que una aportación concebida para las audiencias tradicionales del ámbito académico, este trabajo tiene la finalidad de abonar a la detonación de deliberaciones dentro de los centros neurálgicos de la comunidad estratégica mexicana. En lo que respecta a la secuencia estructural, el presente ensayo especifica primero premisas conceptuales que establecen el marco de sus coordenadas interpretativas. Posteriormente, examina una serie de precedentes históricos selectivos en los que se identifican relaciones de significación desde un ángulo de gran estrategia. Los siguientes contenidos exponen —como un diagnóstico contextual— las realidades sistémicas cambiantes de la arena internacional y los principales desafíos estructurales externos para la seguridad nacional. A su vez, la sección subsecuente plantea una propuesta prescriptiva para la articulación de una gran estrategia acorde con las circunstancias, necesidades, capacidades y aspiraciones del Estado mexicano. Finalmente, las conclusiones proporcionan apuntes de cierre.



## ***Premisas Conceptuales***

El concepto de gran estrategia —también denominado “alta estrategia”— hace alusión a la articulación de planes directivos orientados a la movilización sistemática, sincrónica, sinérgica y coordinada de todos los elementos que componen el poder nacional de un Estado en la persecución de sus imperativos prioritarios. El espíritu del concepto, difundido a partir de las enseñanzas del oficial militar británico Sir Basil Liddell Hart (“el alquimista de la guerra”) sobre las lecciones de las Guerras Napoleónicas, se inserta en el marco del realismo político como escuela de pensamiento. De hecho, la lógica de su cosmovisión está estrechamente ligada con tareas como la conducción de la política exterior, la procuración de la seguridad nacional y las responsabilidades de la esfera militar. Sin embargo, no se trata de un concepto meramente intelectual, teórico o académico. Su valor instrumental se desprende de su utilidad pragmática para el Estado bajo condiciones de peligro constante o, al menos, latente. Es decir, la gran estrategia constituye una brújula organizativa para navegar asertivamente en un ecosistema internacional anárquico en el que las realidades en los tableros de la ‘alta política’ determinan ganancias relativas, contiendas hegemónicas, tensiones geopolíticas, jerarquías fluctuantes, intereses incompatibles, juegos de sumatoria cero y conflictos tanto tradicionales como no convencionales. Como tal, una gran estrategia se comporta como un patrón conductual que moldea transversalmente todas las interacciones de un Estado con el resto del mundo. Dado que el alcance de su temporalidad está alineado con una visión de largo plazo que entrelaza el pasado, el presente y el futuro, su formulación se alimenta simultáneamente de la experiencia histórica, la necesidad de satisfacer necesidades actuales, exploración prospectiva y expectativas en torno al porvenir, así como de las proclividades tradicionales que emanan orgánicamente de la cultura estratégica de un país (Silove, 2017; Gaddis, 2018; LaPaglia, 2020; Ehrhardt & Ryan, 2020; Campbell & Jordan, 2019/2020). Se puede considerar que la ejecución de una gran estrategia está estrechamente ligada con la importancia que cobra la calidad de la diplomacia. Ello obedece a que la labor diplomática opera como un cerebro decisor que define y conduce la dirección en la que se movilizan holísticamente todos los activos, esfuerzos, recursos e instrumentos de un Estado para obtener resultados que cumplan sus directivas maestras, resuelvan sus problemas y maximicen el aprovechamiento de su potencial (Morgenthau, 1949). Como tal, la actitud que asuma un Estado ante la política internacional puede determinar una diferencia entre la pasividad o la sagacidad de un liderazgo protagónico en el concierto de la política internacional.

Finalmente, es pertinente resaltar aclaraciones relevantes. Es erróneo suponer que solamente las grandes potencias dominantes cuentan con una gran estrategia. Una gran estrategia también constituye una herramienta para Estados que aspiran a repositionarse en una categoría superior en el orden global o con un estatus más ventajoso. Por otro lado, una alta estrategia no debe de ser estática, sino readecuarse con flexibilidad en función de los retos dinámicos que suponen tendencias cambiantes previsibles y vicisitudes



contingenciales (Shapira, 2020). Asimismo, no debe concebirse como un manual administrativo con centenares de reglas burocráticas programáticas, sino como una razón de Estado (*raison d'État*) rectora de cuya arquitectura estructural se desprenden políticas gubernamentales y directrices más detalladas en múltiples sectores (Brands, 2014). Finalmente, si bien la alta estrategia usualmente pretende fortalecer la proyección exterior de un Estado, su diseño e implementación requieren tomar en cuenta factores internos (Blanchford, 2024).

### ***Evolución Histórica de la Gran Estrategia Mexicana***

Si bien el prolífico *corpus* teórico que se desprende del concepto formal de gran estrategia es relativamente reciente, su implementación práctica es un fenómeno antiguo. Es decir, de forma consciente o inconsciente, los comportamientos de todos los Estados que han existido a lo largo del registro histórico de la civilización reflejan ciertas pautas cuyo compás refleja —en mayor o menor medida— una alta estrategia discernible (Luttwak, 2009). El testamento de la historia universal es un manantial de ejemplos —incluyendo incontables episodios relacionados tanto con guerras de magnitudes hegemónicas como con el auge y caída de las grandes potencias— que imparten lecciones instructivas sobre éxitos y fracasos de altas estrategias. De hecho, se han producido trabajos dedicados a estudiar en retrospectiva la gran estrategia de entidades históricas que ya no existen, tales como la antigua Esparta (Rahe, 2015), el Imperio Romano (Luttwak, 1979), el Imperio Bizantino (Luttwak, 2009), el Imperio de los Habsburgo (Mitchell, 2018) y la Unión Soviética (Luttwak, 1983). En ese sentido, resulta oportuno examinar antecedentes selectivos de la historia mexicana de los que emanan relaciones de significación desde una óptica de gran estrategia. Sin embargo, la ausencia de evidencia no necesariamente constituye evidencia de ausencia. Una lectura interpretativa en clave de gran estrategia de la historia mexicana arroja precedentes ilustrativos que se hallan —parcialmente— alineados con la cosmovisión esencial del concepto. Tal **análisis retrospectivo** recoge antecedentes (teóricos, intelectuales y pragmáticos) susceptibles de descifrarse como esbozos, trazos, intentos o bosquejos intuitivos de una alta estrategia.

En los primeros años de vida independiente, floreció un efímero providencialismo que anhelaba el ascenso de México como el hegemón en Hispanoamérica septentrional. Bajo el liderazgo político del emperador Agustín de Iturbide, esta ambición era compartida entre las elites criollas, tanto monarquistas como republicanas. Con base en una perspectiva de continuidad milenaria, el espíritu ideológico de imaginario imperial recogía no solamente el esplendor del virreinato novohispano, sino que también reclamaba el legado de los reinos mesoamericanos más poderosos. Se visualizaba una esfera de influencia directa que englobase Centroamérica, el Caribe (especialmente Antillas mayores tales como Cuba y Puerto Rico) y las otrora provincias novohispanas insulares en el Pacífico asiático (Filipinas y las Marianas). El cálculo asumía que la



fuerza de gravedad de un México imperial como polo autónomo tendría el suficiente alcance para atraer naturalmente dichos territorios hacia su órbita geopolítica. Asimismo, la influencia de México en ultramar podría proyectarse hacia Europa a través de las relaciones con España, Francia Gran Bretaña e incluso el Vaticano. Por último, se visualizaba la importancia de desarrollar vínculos con naciones sudamericanas recientemente independizadas de la corona española. Es decir, México operaría como una potencia americana norteamericana cuya proyección se extendería en forma de cruz hacia los cuatro puntos cardinales. Esta alta estrategia estaba vinculada con la satisfacción de imperativos defensivos y con la búsqueda de recursos naturales, pero también por un impulso de expansión imperial. México no necesariamente pretendía embarcarse en una aventura de conquista militar directa, sino a ejercer un liderazgo legitimado mediante la provisión de beneficios compartidos. Además, se vislumbraban como amenazas el expansionismo emergente de los Estados Unidos, la presencia colonial de los rusos en la Alta California, la agresividad de ciertas naciones indígenas, los enclaves británicos en las periferias del país, la potencial proliferación de la anarquía política en el istmo centroamericano y las intrigas de España para reconquistar sus posiciones en las Américas. Para que México pudiera jugar en la liga de las mayores potencias, se estimaba indispensable el fortalecimiento del poderío militar y naval. Sin embargo, esta imagen nunca trascendió más allá del plano deliberativo debido a la irrupción de disputas internas, fracturas cupulares e inestabilidad política que alimentaba un clima de ingobernabilidad (Rojas, 1999; Ramírez, 2016). Este precedente da cuenta de un intento embrionario de gestar una tradición imperial propia, semejante a las de las potencias europeas otrora dominantes.

En décadas subsecuentes del siglo XIX, Lucas Alamán<sup>1</sup> identificó el pujante expansionismo de los Estados Unidos como la principal amenaza prospectiva a la seguridad nacional, integridad territorial y autonomía del incipiente Estado mexicano. Con el fin de contrarrestar el creciente poderío de la Unión Americana mediante un balance de poder, Alamán implementó e impulsó acercamientos a Gran Bretaña como un contrapeso. Como medida paralela, Alamán promovió el establecimiento de una coalición hispanoamericana —articulada a partir de denominadores comunes históricos y socioculturales— como un frente colectivo ante Washington. Asimismo, con base en la experiencia exitosa de algunas potencias europeas, Alamán prescribió la implementación de políticas económicas mercantilistas orientadas a desarrollar una industria propia como camino a la prosperidad y al fortalecimiento del poder nacional en el campo económico. No obstante, la visión estratégica de Alamán se vio frustrada por obstáculos tales como el estallido de una guerra con Estados Unidos que trajo resultados desastrosos para México, las problemáticas políticas que menoscabaron el orden

---

<sup>1</sup> Historiador, político y estadista mexicano, considerado el principal ideólogo del conservadurismo en el México independiente. Fue pieza clave en la organización de la administración pública como Ministro de Relaciones Exteriores e Interiores en diversos periodos. Su obra cumbre, *Historia de Méjico*, es un referente fundacional de la historiografía nacional, destacando por su rigor documental y su defensa del legado hispánico como base de la identidad mexicana (Alamán, 1985).



en México, la carencia de recursos financieros y la heterogeneidad en los intereses nacionales de los Estados hispanoamericanos independizados de España (Van Young, 2021).

Bajo el régimen porfirista, el Estado mexicano, motivado por la necesidad de conseguir financiamiento para modernizar el perfil económico del país, favoreció el arribo de inversiones extranjeras por parte de grandes empresas estadounidenses, inglesas, francesas y alemanas. Con el respaldo diplomático de sus respectivos gobiernos, dichos capitales se dirigieron a sectores estratégicos relacionados con la minería, los energéticos, la infraestructura y las finanzas. Sin embargo, el Gobierno mexicano procuró un equilibrio de poder entre tales intereses como ancla estabilizadora que evitase una dependencia desproporcionada con respecto a un único socio externo, especialmente los Estados Unidos. Dicha postura estratégica puede concebirse como un intento por superar los lastres acumulados por casi un siglo de caos, conflictos internos, fragilidades económicas e intervenciones de potencias extranjeras. Sin embargo, el estallido de la Revolución descarriló esta política y desató una lucha intestina en la que las potencias interfirieron mediante el respaldo interpósito a varias de las distintas facciones en conflicto (Katz, 2013).

En el periodo inmediatamente posterior, los generales que resultaron triunfantes tras la Revolución Mexicana finalmente lograron pacificar el país a través de la construcción de un régimen hegemónico. Los mecanismos administrativos de este sistema preservaron el orden interno con medidas destinadas a la distribución de poder, beneficios y presiones. La subsecuente consolidación del país como Estado nacional moderno se sustentó en los postulados ideológicos del llamado “nacionalismo revolucionario”. En materia exterior, el Estado mexicano, al amparo del pragmatismo político de la época que enarbolaba postulados como la autodeterminación, la resolución pacífica de controversias y la soberanía, adoptó una posición de talante defensivo en un entorno marcado por las confrontaciones que desembocaron en la Segunda Guerra Mundial y más tarde en la Guerra Fría. México se encontraba entonces en la esfera geopolítica de los Estados Unidos, vulnerable ante injerencias externas y expuesto a las potenciales consecuencias desestabilizantes derivadas de la contienda entre las superpotencias en el hemisferio americano. México colaboró con Estados Unidos como aliado selectivo, pero no incondicional. Con el fin de obtener concesiones de Washington y ampliar su margen de maniobra autónomo, México recurrió a activos como su rol de interlocución con el resto de América Latina, el impulso al multilateralismo, el pragmatismo de la diplomacia mexicana hacia Cuba y su activo acercamiento con el movimiento de países no alineados (Martínez & Garza, 2013; Velázquez, 2021; Torres, 2022).

Durante esta era, México también aprovechó la presencia en territorio nacional de servicios de inteligencia extranjeros —norteamericanos, soviéticos y cubanos— como factor de equilibrio para manejar la rivalidad entre superpotencias. Los órganos de seguridad del Estado mexicano siguieron de cerca las operaciones de



espionaje mutuo entre tales agencias extranjeras. La conveniencia de este rol de México en tal inframundo encubierto para Estados Unidos y la Unión Soviética era un incentivo fáctico para que ninguna de estas potencias tuviese un estímulo en instigar un cambio de régimen, intervenir de forma agresiva o menoscabar la estabilidad política interna. En el frente económico, México finalmente dejó atrás su condición predominante como exportador de materias primas. El país se convirtió en un emergente fabricante de manufacturas destinadas principalmente al mercado interno. Los esfuerzos del Estado mexicano se tradujeron también en el ejercicio de controles (directos e indirectos) sobre sectores productivos estratégicos y recursos naturales. A partir de sus resultados, se podría considerar que dicha gran estrategia fue la primera en la historia nacional que resultó moderadamente exitosa.

En la época de la apertura y liberalización de los sistemas políticos y económicos del país, México apostó unilateralmente por un realineamiento estratégico proactivo con los Estados Unidos, propiciado por una creciente integración económica con el bloque norteamericano (González, 2001). Dicho viraje representó un rompimiento de la autonomía que caracterizó al periodo precedente y se tradujo en una degradación de la soberanía en los ámbitos securitario, económico, energético, financiero y tecnológico (Piñeyro, 1995). Este repliegue voluntario hacia una incrustación en la órbita estadounidense (Khanna, 2008) trajo como subproducto un alejamiento de la diplomacia mexicana con respecto al resto de Latinoamérica. Con ello, México apostó por ligar su destino y prosperidad a la continuación de la hegemonía unipolar estadounidense y por la preservación de una relación estrecha con Washington en la que México sería tratado como socio estratégico de primer orden. No obstante, tendencias emergentes y las cambiantes realidades del entorno actual cuestionan la validez de tales premisas, así como la viabilidad de este tipo de gran estrategia de acoplamiento mediante vínculos asimétricos de interdependencia compleja con respecto a los Estados Unidos. Esta gran estrategia garantizó un margen razonable de estabilidad estratégica y económica, pero sus cimientos resultaron endebles y no condujo a México a una posición más encumbrada en la política internacional.

En la administración 2018-2024, la política exterior del Estado mexicano fue reajustada como mecanismo defensivo de las prioridades fijadas por la agenda de política interior. Su objetivo principal consistió en contrarrestar influencias externas que pudiesen interferir con la implementación de un nuevo proyecto de nación concentrado en la búsqueda de un mayor grado de autonomía estratégica en los campos energético, securitario y de infraestructura. Asimismo, se dio una relación ambivalente con Latinoamérica. Por un lado, se recurrió a la colaboración con otros países latinoamericanos con el propósito de compensar disparidades ante Estados Unidos y de entablar frentes comunes en áreas de intereses compartidos. No obstante, en conciencia de los límites que imponen la vecindad con una gran potencia y las asimetrías prevalecientes, se adoptó un enfoque pragmático y transaccional con respecto a Washington en materias tales como controles



migratorios y la renovación del marco regulatorio de los intercambios económicos bilaterales. Aunque este reordenamiento fue la punta de lanza de un nuevo proyecto, este puede capitalizarse para extender la proyección internacional del país desde una óptica autónoma (Saltalamacchia, 2021). Sin embargo, se presentaron distorsiones ideológicas, crisis diplomáticas innecesarias y un desaprovechamiento de oportunidades para la profundización de vínculos con Asia y Europa más allá de una atención marginal de bajo perfil (Velázquez & De Alba, 2024).

El recorrido retrospectivo de todas estas experiencias históricas es instructivo para identificar los intentos existentes (teóricos y prácticos) de dotar al Estado mexicano de una gran estrategia rectora. El estudio de tales episodios sirve para identificar el comportamiento de tendencias sistémicas de largo plazo, visualizar constantes, vislumbrar imperativos recurrentes y evaluar la calidad de los liderazgos en cada uno de los casos a partir de las circunstancias prevalecientes, así como para ponderar tanto aciertos como fracasos estratégicos. De este escrutinio se deriva como observación analítica que, hasta el momento, el Estado mexicano ha contado con estrategias con inclinación lógica hacia una actitud defensiva y han sido parcialmente exitosas, en el entendido que se trata de que en México se requiere abundar acerca del tema de la gran estrategia y su pertinencia utilitaria para el interés nacional. Una revisión de la literatura en fuentes abiertas —tanto primarias como secundarias— indica su ausencia casi total en espacios deliberativos políticos, legislativos, diplomáticos, periodísticos, partidistas y académicos. Los escasos apuntes que se han generado al respecto son de naturaleza somera. Por ejemplo, Franco (2023) brevemente pone sobre la mesa la relevancia de adoptar una gran estrategia para garantizar su sobrevivencia ante un entorno repleto de anarquía, incertidumbre, adversidades y rivalidades. Sin embargo, dicho autor no recomienda una hoja de ruta para delinear una alta estrategia. Semejante vacío es un claro ejemplo de lo poco que ha sido utilizado el término por parte de la comunidad estratégica mexicana.

### ***Entorno Estratégico Cambiante***

Una gran estrategia no solamente se nutre de trayectorias históricas, sino que también es producto de las realidades circunstanciales que moldean el entorno en el que operan los Estados. En ese orden de ideas, el contexto en el que se sitúa el Estado mexicano a nivel sistema internacional ha cambiado marcadamente en las últimas décadas. Las expectativas que trajo el final de la Guerra Fría en torno a una armonía global —sustentada en la expansión de la democracia liberal, el auge de un libre mercado planetario, la conformación de un orden basado en reglas y la institucionalización del multilateralismo— nunca se materializaron. Lejos de finalizar en un utópico mundo posmoderno, la historia ha retomado con fuerza su trágico curso ancestral. En el entorno hobbesiano actual, perviven tanto la inmutable condición de la naturaleza humana y la estructura anárquica del sistema internacional. La efímera unipolaridad en la última década del siglo pasado



ha dado paso a una correlación de fuerzas policéntrica o multipolar (Mearsheimer, 2019). Hay una creciente competencia estratégica entre las potencias en teatros tales como Europa Oriental, Oriente Medio y el Indo-Pacífico. Incluso el hemisferio americano no está exento de ser alcanzado por tales reverberaciones sísmicas. Las tensiones resultantes no son solamente de índole militar o geopolítica, sino que se extienden hacia otras emergentes arenas de conflictividad tales como la economía, el comercio, las finanzas, la energía, las tecnologías avanzadas, el ciberespacio, la info-esfera, las redes de infraestructura transnacional e incluso el espacio sideral. En paralelo, la proliferación de la llamada Cuarta Revolución Industrial<sup>2</sup> está incentivando una carrera por la supremacía en la aplicación estratégica de sus innovaciones (Diesen, 2021). Bajo tales circunstancias, el poder nacional ya no solamente se circunscribe a acervos de recursos, capacidades, instrumentos o activos, sino al control dinámico de flujos, plataformas y sistemas que operan como vehículos de interdependencia compleja (De La Bruyere, 2020). A su vez, las amenazas a la seguridad nacional ya no se relacionan únicamente con el prospecto de una destrucción cinética directa, sino también con los peligros indirectos de conquista, disrupción, armamentización, desestabilización y/o subordinación. Adicionalmente, en un contexto generalizado de incertidumbre y hostilidades, hay un entendible impulso colectivo hacia la reafirmación política del nacionalismo como conducto para retomar el control sobre el destino propio y no delegarlo a los vaivenes de fuerzas impersonales, difusas estructuras burocráticas supranacionales o Estados extranjeros cuyo poderío es comparativamente mayor (Hazony, 2018). Ante tales realidades, los Estados son los únicos garantes de la satisfacción de sus intereses vitales, tales como su supervivencia, permanencia, soberanía, integridad, funcionalidad y viabilidad. En consecuencia, los Estados —especialmente aquellos que no se encuentran en el rango de las mayores potencias— requieren repensar su gran estrategia para maniobrar ante tales circunstancias estructurales con la finalidad de procurar la satisfacción de sus intereses existenciales.

### **Desafíos Externos**

El panorama en el que se halla inmerso el Estado mexicano tiene desafíos en materia de seguridad nacional. Por ende, su incidencia exige un reordenamiento integral de su orientación estratégica. El mayor de tales desafíos es el deterioro estructural de la relación bilateral con los Estados Unidos en función de intereses cada vez más divergentes en materias económica, comercial, securitaria, demográfica y diplomática. Si bien existe un potencial de reactivar la colaboración mediante la relocalización de las cadenas de producción industrial estadounidenses hacia el sector manufacturero mexicano (*nearshoring*), la eventual derrama de

---

<sup>2</sup> Concepto acuñado por Klaus Schwab para describir la convergencia de tecnologías digitales, físicas y biológicas que están transformando radicalmente la producción y la gobernanza global. A diferencia de las revoluciones anteriores, la Cuarta Revolución Industrial se caracteriza por la velocidad exponencial de su evolución y la integración de sistemas como la inteligencia artificial, la robótica avanzada, el internet de las cosas, la computación cuántica y la biotecnología (Schwab, 2016).



beneficios mutuos permanece en el plano hipotético debido a disputas no solucionadas y riesgos políticos. (Donnellan, 2024; Maldonado, 2024). México y Estados Unidos son socios estratégicos e interdependientes que deben armonizar sus intereses, especialmente en temas como la renegociación del T-MEC como marco que rige los intercambios económicos, la incursión del comercio chino en territorio mexicano, las consecuencias demográficas de largo plazo de flujos migratorios, el interés en México de potencias eurasiáticas como China y Rusia, entre muchos otros, cobran relevancia estratégica en virtud de la denominada guerra comercial entre Washington y Beijing y de que, con China como piedra angular de una interconectividad axial, la región Asia Pacífico se está reposicionando como el principal centro de gravedad política y económica a escala global (Khanna, 2019). Existen realidades políticas que se traducen en vulnerabilidades estratégicas ante las que México debe asumir una actitud activa o reactiva. Ello hace suponer que las grandes potencias se interesan más en México que a la inversa.

En el hemisferio americano, también hay retos geopolíticos importantes que ponen a México en jaque. Potencias extra regionales como China Rusia y —en menor medida— Irán tienen incentivos para instigar el caos en países que tradicionalmente se encuentran dentro del perímetro de la seguridad nacional estadounidense. Por otro lado, como subproducto de rivalidades locales, se observa una floreciente carrera armamentista en la región, alimentada tanto por los complejos militares-industriales de las potencias y —en algunos casos— por manufacturas domésticas de armamento (Varas, 2021). Acecha también el espectro de Estados fallidos cuyo eventual colapso podría provocar ingobernabilidad, crisis migratorias, disputas geopolíticas, debilitamiento de controles fronterizos en sus periferias. Asimismo, aunque remoto, no es descartable el prospecto hipotético de un conflicto militar interestatal entre México y países latinoamericanos pivote como, por ejemplo, Cuba. Tal confrontación podría materializarse como resultado de la intersección entre cambios en el balance global de poder, realineamientos geopolíticos locales, la aparición de ventanas de oportunidad para la agresión y competencia por el control de recursos naturales estratégicos (Ehrlich, 2018).

### ***Desafíos Internos***

Una gran estrategia no necesariamente está enfocada en la resolución de problemáticas internas. Sin embargo, existen realidades domésticas que pueden entorpecer o menoscabar la instrumentación de una alta estrategia, así como desalentar una visión de horizonte expansivo. En el caso de México, la extensa relación de riesgos que entra en esta categoría incluye fenómenos como la crisis securitaria del país, fragilidades institucionales, vulnerabilidades económicas, rezagos científicos y tecnológicos, la corrupción, focos regionales de conflictividad social, la proliferación de fuerzas centrífugas impulsadas por intereses fácticos regionales, el prospecto de injerencia encubierta por parte de las grandes potencias, distorsiones



inducidas por actores no estatales de orden subnacional, así como cismas políticos entre élites gobernantes que obstaculicen consensos en torno a la definición de intereses nacionales prioritarios. El deterioro sustancial de cualquiera o varios de estos flagelos interno operaría como un distractor que dificultarían la búsqueda de los intereses nacionales más estratégicos en el escenario geopolítico y que desviaría la atención de los tomadores de decisiones a cargo de procurar los requerimientos que exige la razón de Estado (*raison d'État*).

### ***Formulación de un Planteamiento***

Ante las enseñanzas de la experiencia histórica, las realidades actuales de un sistema internacional maleado por una correlación de fuerzas multipolar y los desafíos a la seguridad nacional emanados del exterior, se estima conveniente que México asuma una alta estrategia de proyección plural-autónoma. Es decir, el Estado mexicano puede maximizar su alcance geopolítico a escala sistémica como potencia mediana a través un involucramiento proactivo con múltiples Estados —de variables alineamientos estratégicos— a partir de una diversificación equilibrada de sus relaciones exteriores en distintos campos. El núcleo duro de tal directriz maestra es la procuración de un mayor margen de autonomía y seguridad. También resulta útil para incrementar el poder, riqueza, desarrollo, riqueza, prosperidad y prestigio del Estado. Sin embargo, no se trata de una mera aspiración enunciativa. Se considera que dicho planteamiento estratégico satisface criterios de conveniencia utilitaria, factibilidad histórica ante los puntos de inflexión marcados por el *Zeitgeist* actual y legitimidad sociopolítica.

Esta propuesta no es una mera aspiración utópica divorciada de la realidad. México tiene el pleno potencial para perseguir una posición más elevada y de mayor alcance que se traduzca tanto en un liderazgo soberano como en beneficios constructivos para el interés nacional. De hecho, *think tanks* extranjeros como el *Carnegie Endowment for International Peace* (Chivvis & Geaghan-Breiner, 2024) colocan a México dentro de una constelación de potencias emergentes que —en virtud de sus imperativos de seguridad económica, necesidades defensivas, condiciones geográficas, preferencias políticas, visiones de orden mundial, lógicas transaccionales y alineamientos estratégicos no binarios— operan cada vez más como actores independientes en el sistema internacional. De acuerdo con la perspectiva de dicha fuente, en esta categoría jerárquica intermedia se hallan también Estados como Arabia Saudita, Argentina, Brasil, India, Indonesia, Nigeria, Sudáfrica, Tailandia y Turquía.

Si el Estado mexicano pretende fungir como arquitecto de su propio destino en un futuro previsible y recalibrar su perfil geopolítico, la articulación de los componentes constitutivos de su gran estrategia se determinan entonces por el rol que aspire a jugar en la esfera de la alta política internacional. En consecuencia, para la



implementación de esta gran estrategia, México necesita adecuar su política exterior a las necesidades del momento y del futuro previsible con base en las premisas y razonamientos estratégicos del realismo político, tales como el fortalecimiento del poder como instrumento para la satisfacción de los intereses nacionales, la preservación de equilibrios estabilizadores, la búsqueda de una mayor jerarquía en el orden internacional y el pragmatismo transaccional. El horizonte estratégico de dicho ejercicio requiere trascender consideraciones ideológicas, legalistas, normativas y/o mediáticas. Cabe destacar que el abanico de opciones disponibles para un Estado como México no se reduce a un esquema binario entre un repliegue aislacionista y el globalismo supranacional. La primera opción sería contraproducente debido a que, lejos de reposicionar al Estado mexicano como una potencia media proactiva en un entorno de interdependencia compleja, evitaría el aprovechamiento de oportunidades para la búsqueda de ganancias relativas. Si aspira a un estatus más elevado en la política internacional, un país como México no puede mirar exclusivamente hacia el interior. La segunda, consistente en subordinarse a marcos de gobernanza transnacional como un sujeto de reglas dictadas por potencias extranjeras u organismos que representan intereses financieros privados, implicaría una pérdida de soberanía y la reducción de grados de libertad para maniobrar de forma independiente.

En lo concerniente a medidas específicas, se requiere trascender el acoplamiento o aquiescencia con respecto a Washington que se gestó durante el llamado “momento unipolar” con la suscripción del TLCAN (Khanna, 2008), los planes de profundizar la incrustación de México al bloque norteamericano a expensas tanto de la soberanía nacional como del interés nacional (Flores, 2010) y la subordinación de las políticas y agencias de seguridad del Estado mexicano a las prioridades y capacidades de Estados Unidos (Guerrero 2023). Como un país del sur global dotado de una masa crítica sustancial, México no tiene cabida como socio estratégico que pueda aspirar a un trato paritario en las estructuras del denominado occidente colectivo. Un orden multipolar ofrece una oportunidad para que México supere su anclaje a la órbita estratégica de Estados Unidos como un socio minoritario de relevancia secundaria. Si bien ello no significa adoptar un curso suicida de colisión directa con los Estados Unidos, es pertinente recurrir a ecualizadores asimétricos, medidas diplomáticas de *soft balancing* y multiplicadores de fuerza para reequilibrar la relación bilateral y manejar los desacuerdos con la potencia vecina, sin asumir una confrontación directa.

Con el propósito de contrarrestar una excesiva dependencia de la relación bilateral con la contraparte estadounidense, la diplomacia mexicana también requiere profundizar vínculos cooperativos políticos, económicos y comerciales mediante partenariados estratégicos integrales con Alemania, Brasil, Corea del Sur, España, Francia, China, India, Israel, Japón, Reino Unido, Sudáfrica, Rusia y Turquía, así como con las petromonarquías del Golfo Pérsico y los integrantes de bloque ASEAN. Considerando la importancia geopolítica, económica, financiera y tecnológica de la región, es de vital importancia establecer puentes de conectividad con el Asia Pacífico que redunden en ventajas para el interés nacional. En el hemisferio



americano, el Estado mexicano tiene la necesidad de definir su esfera de influencia en Norteamérica, Centroamérica y el Caribe con base en el alcance potencial de sus vectores estratégicos, incluyendo ventajas geográficas, dinamismo diplomático, corredores logísticos, interconexiones económicas, lazos socioculturales, presencia demográfica y elementos de poder suave. Tal ejercicio presupone la identificación y posterior evaluación proactiva de necesidades, oportunidades, ambivalencias, eventuales dilemas de seguridad y posibles hipótesis de conflicto. México también puede fomentar selectivamente la colaboración colectiva con otros Estados latinoamericanos y Canadá con la finalidad de sumar fuerzas y fortalecer una capacidad de negociación —tanto individual como colectiva— en áreas particulares de interés común. Una participación asociativa en esquemas bilaterales o multilaterales representa una oportunidad para contribuir a moldear el balance de poder a nivel región.

Una alta estrategia de proyección plural-autónoma exige también ingredientes defensivos y ofensivos. El Estado mexicano requerirá del desarrollo de un servicio de inteligencia exterior con la capacidad de recabar información estratégica de forma encubierta y de ejecutar operaciones especiales en el extranjero. Por otro lado, es aconsejable invertir en asignaciones presupuestales y forjar asociaciones público-privadas con la finalidad de impulsar el crecimiento incremental de un complejo militar-industrial propio. México necesitará una mayor capacidad de proyección de poder propia para sustentar la credibilidad de su política exterior y disuadir potenciales agresiones de actores antagónicos. Como suplemento, resulta también oportuno que la doctrina de seguridad nacional del país contemple el despliegue de medidas de guerra híbrida para escenarios de competencia estratégica interestatal.

Para la implementación de esta gran estrategia, México tendría que redefinir su modelo de desarrollo económico de largo plazo no solamente con miras al crecimiento dinámico. Con base en conceptos como la geoeconomía (Blackwill & Harris, 2016; Viamonte, 2017), *economic statecraft* (Baldwin, 2020) y el realismo mercantil (Heginbotham & Samuels, 1998), la esfera económica —lejos de estar confinada al dominio de la “baja política”— ofrece conductos para fortalecer la seguridad nacional, el desarrollo, el poder, la resiliencia, la autonomía y la influencia internacional de los Estados, así como para competir por la conquista de mercados estratégicos. En ese orden de ideas, México necesita dejar atrás las desventajas que supone apostar predominantemente a una capacidad industrial (en buena medida bajo control de corporaciones extranjeras) centrada en la maquila de manufacturas de escaso valor agregado.

Si aspira al estatus encumbrado de potencia, México necesita un sector industrial propio integrado por empresas cuyas operaciones de negocios, centros neurálgicos y proyectos —dentro y fuera del país— estén simbióticamente alineados con los intereses nacionales estratégicos del Estado, especialmente en la llamada “era de la información” (Toffler, 1980). Para la concreción de semejante salto cualitativo, se necesitarían



elementos como: 1) una política industrial que genere encadenamientos productivos y ventajas comparativas en sectores estratégicos; 2) el reforzamiento del mercado interno; 3) la revitalización de la banca de desarrollo; 4) una suma de esfuerzos en investigación y desarrollo de innovaciones entre el gobierno, empresas mexicanas privadas y la academia; 5) la modernización de la infraestructura productiva; 6) el impulso al emprendedurismo *start-up* de alto valor agregado; 7) la adopción a la inteligencia de mercado como herramienta competitiva; y 8) la generación de un fondo soberano de riqueza financiado con las divisas duras acumuladas mediante las exportaciones. A nivel externo, resultan relevantes la diversificación estratégica de los intercambios económicos internacionales, la reinserción en la economía global a través de una participación emergente en sectores de vanguardia y el aprovechamiento pleno de los acuerdos comerciales suscritos por el país, así como ponderar la posibilidad de participar en redes de intercambios económicos internacionales que se están construyendo en la cuenca del Pacífico Asiático. Para la persecución de estos objetivos encaminados a elevar el perfil geoeconómico del país, es recomendable potenciar la utilidad del Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec (CIIT) como un proyecto logístico e industrial de infraestructura estratégica destinado a detonar polos de desarrollo industrial e intercambios comerciales. Tal iniciativa representa un pilar para una mayor influencia proyectiva a partir de la “multigeopoliticidad” estratégica del Estado mexicano como puente de conectividad internacional con Norteamérica, Sudamérica, Asia Pacífico y Europa (Máynez, n.d.). Esta concepción estratégica de México como un epicentro de gravedad con la masa crítica suficiente para irradiar su influencia hacia diversas latitudes también está presente en la obra del estudioso geopolítico mexicano Alberto Escalona Ramos (1959). Asimismo, el desarrollo emergente de un programa espacial propio, el impulso a innovaciones mexicanas en el campo de la manufactura automotriz y la construcción de entramados de infraestructura estratégica son pasos incipientes que deben capitalizarse, no solamente como motores de crecimiento y derrama económica, sino como proyectos cuyo aprovechamiento integral nutre el poder nacional (Lezama, 2024).

Finalmente, toda gran estrategia debe contemplar elementos morales que influyen en el ánimo, psique y voluntad de las personas (Russell & Tokatlian, 2013). México —a diferencia de potencias medianas como Brasil, India, Irán o Turquía— carece de una tradición imperial propia que determine una aspiración duradera a la grandeza. Para readecuar el carácter nacional con un sentido histórico de misión acorde con las necesidades de la alta estrategia que se plantea, es preciso reivindicar la condición dual del país como heredero legítimo del legado tanto de imperios mesoamericanos como del imperio español. Lejos de comportarse como un Estado periférico subdesarrollado, México tiene que asumir una conciencia situacional de que se ha convertido en el país más importante del mundo hispanoparlante debido a sus circunstancias geopolíticas, territoriales, económicas y demográficas. Por ende, México debe empezar a concebirse a sí



mismo como uno de los principales polos de poder dentro de la iberofonía y, desde esa posición naturalmente privilegiada, ejercer liderazgo y entablar una interlocución proactiva en el concierto internacional (Lezama, 2021). La narrativa de México como un país con pretensiones ambiciosas es un ingrediente que nutre la moral societal con la fuerza política del nacionalismo y que promueve una identidad nacional cohesiva. Adicionalmente, en el plano externo, el Estado mexicano requiere instrumentar políticas multisectoriales encaminadas a una mayor proyección de su “poder suave” (*soft power*) con el fin de incrementar el prestigio nacional, aumentar la influencia de su política exterior, reforzar la atractividad de su patrimonio sociocultural como ingrediente de una pertenencia identitaria cohesiva y ampliar los mercados de exportación para mercancías mexicanas.

### **Conclusiones**

En virtud de los actuales reacomodos estructurales en la estructura polar del orden mundial, México se encuentra en una encrucijada en lo concerniente al replanteamiento de su porvenir. Ante un ecosistema peligroso y una pléyade de complejos desafíos externos, un curso de acción inercial es una receta para que el futuro del país sea decidido por fuerzas impersonales o por actores con mayor capacidad de previsión e influencia. Sin embargo, tales condiciones también abren una ventana de oportunidad propicia para el reposicionamiento del Estado mexicano como una potencia ascendente hacia mediados del siglo XXI. Bajo un sistema internacional anárquico en el que se está reconfigurando el balance global de poder, las circunstancias brindan la posibilidad de reclamar un mayor margen de maniobra estratégica en la satisfacción de los intereses nacionales. México puede adentrarse en el tablero del *Realpolitik* como un jugador dinámico. Desde una óptica de razón de Estado, la incertidumbre proporciona incentivos para aprovechar las vicisitudes que traen consigo los vaivenes de la fortuna. México debe decidir si acude al llamado a su encuentro con la historia.

En ese sentido, una gran estrategia asertiva de **proyección plural-autónoma** representa un conducto instrumental para la persecución de una posición de mayor protagonismo, jerarquía y liderazgo como polo independiente en las décadas venideras. En un orden mundial de naturaleza policéntrica, ello conlleva un involucramiento interaccional proactivo, multidimensional y equilibrado con los protagonistas dominantes del concierto internacional. A diferencia de las potencias interesadas en proyectos hegemónicos, este planteamiento está orientado a maximizar, en la medida de lo posible, la capacidad de satisfacer las necesidades del país, hacer valer su influencia y asumir un papel pivote en las relaciones de poder. Para el cumplimiento de tal objetivo, se requiere el alineamiento de todas las capacidades del poder nacional — especialmente aquellas que revisten una relevancia de alcance geopolítico y geoeconómico— al amparo de un esfuerzo sistemático coordinado. Semejante esfuerzo conlleva retos y costos considerables a corto y



mediano plazo, pero los beneficios estratégicos de largo plazo para la seguridad nacional justificarían la cuantiosa inversión de capacidades y recursos que se requieren.

Estas reflexiones no pretenden ser exhaustivas o normativas. Su contribución doble se enfoca en ampliar la profundidad de la cultura estratégica nacional y proponer un punto de partida para la deliberación con miras a la toma informada de decisiones, especialmente en el contexto presente. Es tiempo de que la comunidad estratégica del país pondere la importancia de una alta estrategia cuya arquitectura esté diseñada a la altura de las necesidades y aspiraciones del Estado en el largo plazo. Las circunstancias actuales son propicias para colocar esta tarea urgente sobre la mesa.

### Referencias

1. Alamán, L. (1985). *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente (5 vols.)*. Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada 1849-1852).
- Baldwin, D. (2020). *Economic Statecraft*. Princeton University Press.
2. Blanchford, K. (2024, October 04). 'Grand Strategy' Misses the Point. *The American Conservative*. <https://www.theamericanconservative.com/grand-strategy-misses-the-point/>.
3. Blackwill, R. & Harris, J. (2016). *War by Other Means: Geoeconomics and Statecraft*. The Belknap Press of Harvard University Press.
4. Brands, H. (2014). *What Good is Good Strategy? Power and Purpose in American Statecraft from Harry S. Truman to George W. Bush*. Cornell University Press.
5. Campbell, P. & Jordan, R. (Winter 2019/2020). Forming the Grand Strategist According to Shakespeare. *Texas National Security Review*, 3 (1), 12-33.
6. Chivvis, C. & Geaghan-Breiner, B. (2024). *Emerging Powers and the Future of American Statecraft*. Carnegie Endowment for International Peace. <https://carnegieendowment.org/research/2024/04/emerging-powers-and-the-future-of-american-statecraft?lang=en>.
7. De La Bruyere, E. (2020, April 12). *The New Metrics for Building Geopolitical Power in a New World*. The National Interest. <https://nationalinterest.org/feature/new-metrics-building-geopolitical-power-new-world-143147?page=0%2C1>.
8. Deudney, D. (2000). Geopolitics as Theory: Historical Security Materialism. *European Journal of International Relations*, 6 (1), 77-107.
9. Diesen, G. (2021). *Great Power Politics in the Fourth Industrial Revolution*. I.B. Tauris.



10. Donellan, A. (2024, March 20). *Mexican wave of nearshoring firms is all at sea*. Reuters. <https://www.reuters.com/breakingviews/mexican-wave-nearshoring-firms-is-all-sea-2024-03-19/>.
11. Ehrlich, C. (2018, April 24). *Cuba 2033: Escenario Cuba, México y la disputa energética en el Golfo*. Defensa – Estrategia – Geopolítica. <https://mxdefenseandsecurity.com/2018/04/24/cuba-2033-escenario-cuba-mexico-y-la-disputa-energetica-en-el-golfo/>.
12. Escalona Ramos, A. (1959). *Geopolítica Mundial y Geoeconomía: Dinámica Mundial, Histórica y Contemporánea*. Ediciones Ateneo.
13. Flores, N. (2010, Febrero 20). *Proyecto México 2030: la venta de un país*. Contralínea. <https://contralinea.com.mx/portada/proyecto-mexico-2030-la-venta-de-un-pais/>.
14. Friedman, G. (2009). *The Next 100 Years: A Forecast for the 21<sup>st</sup> Century*. Doubleday.
15. Gaddis, J. (2018). *On Grand Strategy*. Penguin Press.
16. Ehrhardt, A. & Ryan, M. (2020, May 19). *Grand Strategy is no Silver Bullet, but It Is Indispensable*. War on the Rocks. <https://warontherocks.com/2020/05/grand-strategy-is-no-silver-bullet-but-it-is-indispensable/>.
17. Franco, F. (2023, Mar 03). *México y la gran estrategia*. CIS Pensamiento Estratégico. <https://cisestrategico.com/mexico-y-la-gran-estrategia/>.
18. González, G. (2001). Las estrategias de política exterior de México en la era de la globalización. *Foro Internacional*, 41 (4), 619-671.
19. Guerrero, E. (2023, Septiembre 18). *Hacia un tratado de seguridad para América del Norte [II]*. El Financiero. <https://www.elfinanciero.com.mx/opinion/eduardo-guerrero-gutierrez/2023/09/18/hacia-un-tratado-de-seguridad-para-america-del-norte-ii/>.
20. Hazony, Y. (2018). *The Virtue of Nationalism*. Basic Books.
21. Heginbotham, E. & Samuels, R. (2016). Mercantile realism and Japanese foreign policy. *Security Studies*, 22 (4), 171-203.
22. Katz, F. (2013). *La Guerra Secreta en México*. Ediciones Era.
23. Khanna, P. (2019). *The Future is Asian*. Simon & Schuster.
24. Khanna, P. (2008). *The Second World*. Random House.
25. LaPaglia, G. (2020). *The Cultural Roots of Strategic Intelligence*. Lexington Books.
26. Lezama, E. (2021, Septiembre 27). *México: ¿potencia mundial?*. El Siglo de Torreón. <https://www.elsiglodetorreon.com.mx/noticia/2021/mexico-potencia-mundial.html>.
27. Lezama, E. (2024, Diciembre 06). *México es potencia, a pesar de nuestros complejos*. El Universal. <https://www.eluniversal.com.mx/opinion/emilio-lezama/mexico-es-potencia-a-pesar-de-nuestros-complejos/>.



28. Luttwak, E. (2009). *The Grand Strategy of the Byzantine Empire*. The Belknap Press of Harvard University Press.
29. Luttwak, E. (1979). *The Grand Strategy of the Roman Empire*. Johns Hopkins University Press.
30. Luttwak, E. (1983). *The Grand Strategy of the Soviet Union*. St. Martin's Press.
31. Maldonado, M. (2024, September 05). *Nearshoring: México y Texas, tenemos un problema*. El Universal. <https://www.eluniversal.com.mx/opinion/mario-maldonado/nearshoring-mexico-y-texas-tenemos-un-problema/>.
32. Martínez, C. & Álvarez, H. (2013). La geopolítica de México y sus efectos en la seguridad nacional. *Foro Internacional*, 53 (1), 57-106.
33. Máynez, E. (n.d.). *El corredor transistmico: oportunidad para un nuevo tipo de desarrollo*. Comercio Exterior. <https://www.revistacomercioexterior.com/el-corredor-transistmico-oportunidad-para-un-nuevo-tipo-de-desarrollo>.
34. Mearsheimer, J. (2019). Bound to Fail: The Rise and Fall of the Liberal International Order. *International Security*, 43 (4), 7-50.
35. Mitchell, A. (2018). *The Grand Strategy of the Habsburg Empire*. Princeton University Press.
36. Morgenthau, H. (1949). *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*. Alfred A. Knopf.
37. Piñeyro, J. (1995). La política de defensa de México frente al TLCAN. *Nueva Sociedad*, 138, 142-157.
38. Quintana, E. (2025, Enero 22). *Plan México: Claudia Sheinbaum's Vision for Sustainable Growth and National Prosperity*. Wilson Center. <https://www.wilsoncenter.org/article/plan-mexico-claudia-sheinbaums-vision-sustainable-growth-and-national-prosperity>.
39. Rahe, P. (2015). *The Grand Strategy of Classical Sparta: The Persian Challenge*. Yale University Press.
40. Ramírez, J. (2016). Redescubriendo Filipinas: encuentros y desencuentros de cada lado del Pacífico. En T. Calvo y P. Machuca (Eds.), *México y Filipinas: culturas y memorias sobre el Pacífico* (pp. 79-97). El Colegio de Michoacán / Ateneo de Manila University.
41. Riva Palacio, R. (2023, July 07). *Los Rusos en México*. Informador. <https://www.informador.mx/ideas/Raymundo-Riva-Palacio-Los-rusos-en-Mexico-20230707-0031.html>.
42. Rojas, R. (1999). El México de Iturbide. Indicios de un imaginaria imperial. *Política y gobierno*, 6 (2), 479-497
43. Rubio, M. (2025, Enero 30). *Secretary Marco Rubio with Megyn Kelly of The Megyn Kelly Show (interview)*. US Department of State. <https://www.state.gov/secretary-marco-rubio-with-megyn-kelly-of-the-megyn-kelly-show/>.



44. Russell, R. & Tokatlian, J. (2013). América Latina y su gran estrategia: entre la aquiescencia y la autonomía. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 104, 157-180.
45. Saltalamacchia, N. (2021). Una política exterior que mira hacia adentro. En B. Heredia y H. Gómez (Eds.), *4T, claves para descifrar el rompecabezas* (pp. 273-289). Penguin Random House Grupo Editorial.
46. Schwab, K. (2016). La cuarta revolución industrial. Debate.
47. Shapira, I. (2020, November 12). *Israeli National Intelligence Culture and the Response to COVID-19. War on the Rocks*. <https://warontherocks.com/2020/11/israeli-national-intelligence-culture-and-the-response-to-covid-19/>.
48. Silove, N. (2017). Beyond the Buzzword: The Three Meanings of “Grand Strategy”. *Security Studies*, 27 (1), 27-57.
49. Skaluba, C. & Doyle, G. (2020, October 14). *Seek membership for Mexico*. Atlantic Council. <https://www.atlanticcouncil.org/content-series/nato20-2020/seek-membership-for-mexico/>.
50. Sun Bin. (2003). *The Art of Warfare: A Translation of the Classic Chinese Work of Philosophy and Strategy*. State University of New York Press.
51. Toal, G. (1994). Problematizing Geopolitics: Survey, Statesmanship and Strategy. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 19 (3), 259-272.
52. Toffler, A. (1980). *The Third Wave*. Bantam Books.
53. Torres, B. (2022). La política exterior de México durante el gobierno de Luis Echeverría (1970-1976): el renovado activismo global. *Foro Internacional*, 62 (4), 677-734.
54. Van Young, E. (2021). *A Life Together: Lucas Alamán and Mexico, 1792-1853*. Yale University Press.
55. Varas, A. (2021). *Militarization and the International Arms Race in Latin America*. Routledge.
56. Velázquez, R. (2021). El “pragmatismo principista” de la política exterior de México en los votos sobre Cuba en la OEA (1962-1964). *Foro Internacional*, 61 (3), 687-768.
57. Velázquez, R. & De Alba, J. (2021). La política exterior de Andrés Manuel López Obrador: Un balance global y propuestas para la nueva administración 2024-2030. En R. Velázquez, J. Schiavon y A. Ortega (Eds.), *La Política Exterior de México 2024-2030: diagnóstico y propuestas* (pp. 37-46). Asociación Mexicana de Estudios Internacionales.
58. Viamonte, Y. (2017). Las inteligencia científico-tecnológica para el desarrollo y la seguridad geoeconómica latinoamericana. *URVIO – Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana*, 21, 207-224.